

El progreso de la vida actual nada tiene de semejante con el de medio siglo atrás, claramente. Hoy se exige por ley a todo quisque tomar lección, pero en aquel entonces, era privilegio de unos pocos. Los más, especialmente los primeros de cada familia, habían de buscar el pan que, es cosa sabida, traían bajo el brazo al nacer. Antaño, el padre se dejaba ver con aquel vecino del taller, para que le permitiera al chico barrer y hacerle los recados y aprender a manejar la llave grifa o martillar clavos o arrear las cabras, con tal que le diese de comer los días de faena y un “alguero” por feria.

La catequesis era cosa de madres y abuelas, que a base de repetir, iban metiendo en oración a las criaturas, con más ilusión que eficacia la mayoría de las veces. Eran tiempos de las “capillas”, las cajitas de madera con puercecitas y un asa en la parte superior, que guardaban la imagen de la Virgen del Rosario, la

Milagrosa... y se trasladaban de vecina en vecina con todo cariño y veneración. Llevaban su hucha incorporada, donde se depositaba el donativo, perra gorda o chica, peseta, cuando más. También había publicaciones religiosas, especialmente la hoja del Buen Amigo, que repartía María los jueves, creo, desde casa de Alejandro, en la calle de mi apellido. Además de plegarias, dedicaciones, relatos de sucesos a un punto del milagro, solía traer en sus cuatro páginas alguna historia alegre y educativa, para niños o jóvenes; por ejemplo, esta:

“Colocó al chaval de zagal porque su vecino Juan de Mata conocía al mayoral del ganado de la Inocencia, principiando a marcharse todos los lunes, de semana. Su oficio era hacer lo que le dijera el mayoral, que no se cansaba de mandarle brega. Su descanso, sacar el hato del vacío, las “preñás” o las cabras, que eran de cuidado y siempre terminaban metiéndose en la viña o al sembrado. Eran diarios vagabundeos en los que

El Buen Amigo

Miguel Huertas Torres

aprendió a hacer sogas de esparto, buscar setas o espárragos trigueros, pillar alguna liebre encamada o atinarle con un cantazo certero al salir de estampida, comer granos de cebada o trigo cuando se alimonaban las espigas. Su pretensión, tener la fuerza necesaria para sacar a pulso el zaque del brocal, al que ascendía hinchado y chorreante atado al extremo de la maroma que arrastraba la “Ulogia”, la burra, conteniendo no

perseveraba en el oficio. Solamente sabía que la leche se calentaba con la leña que llevaba y luego la removían con aquella vara tan pulida, pero él bebía a diario leche de las cabras, rica a pesar de su fuerte olor y probaba a calentarla mucho en la lumbre de la cocinilla donde vivían, sin conseguir nunca que se endureciese. Se vertía por los bordes, se derramaba, pero jamás se endurecía. ¿Qué le hacía el mayoral?

muriesen de envidia, como le pasaba a él con la bicicleta que le echaron por feria a su amigo Juan, el de la esquina. Y le compraría el hurón al guarda, para comer conejo frito a diario y sería el primero en elegir de la sartén, con su navaja, la tajada con más molla y se compraría una bandurria para salir los sábados en la rondalla de Bernabé, tocando y cantando hasta las tantas y lo apuntaría su madre a la escuela de...

Pero ocurrió una de esas mañanas de pleno estío, acompañando al mayoral y soportando un inmisericorde sol de chicharrera, se llegaron a la carrasca del Sesteo, que para eso le dieron nombre, refugiando a los ani-

males, cada vez más gachos y asfixiados. También a él mismo le faltaba ya el aire y la sombra del viejo chaparro ofrecía amparo y descanso. Colocó adecuadamente el morral para apoyo de la cabeza, se tumbó en un hueco libre de animales, mientras el mayoral hacía lo propio, apoyado en

“También había publicaciones religiosas, especialmente la hoja del Buen Amigo, que repartía María los jueves, creo, desde casa de Alejandro, en la calle de mi apellido. Además de plegarias, dedicaciones, relatos de sucesos a un punto del milagro, solía traer en sus cuatro páginas alguna historia alegre y educativa, para niños o jóvenes”

menos de dos arrobas de siempre fresca agua del pozo, que las ovejas sorbían con ansia.

Su curiosidad, el queso, los secretos de la quesería, cómo de la leche líquida salían esos quesos redondos, duros y grandes, tan sabrosos. El mayoral y su mujer, la mayorala, eran los únicos que sabían de aquello, a él solamente le encomendaban pasar leña, limpiándose antes las alpargatas, y alguna vez, ayudar a entrar las cántaras después del ordeño, limpiándose las alpargatas. La habitación, limpiísima, siempre estaba oscura y fresca, en verano era gloria, y casi ni le daba tiempo a contemplar las tablas sobre soportes de madera embutidos en la pared, exhibiendo los hermosos quesos marcados por la pleita, o la tina llena de ellos en agua-sal, o el entremiso, casi siempre cargado de las pleitas y los paños, con las redondas flores apretándolos bajo grandes piedras.

Le preguntaba a la mayorala, más cariñosa y amigable, pero contestaba que tiempo tendría de aprenderlo si

Fuese con frío o calor, lo que más le gustaba era salir de careo con las ovejas, especialmente por la tarde, después de una buena siesta, necesaria en todo tiempo por el mucho madrugar del oficio. Había tardes que el mayoral le dejaba salir solo, mientras él terminaba sus misteriosas tareas de quesería, le ayudaba a sacar y encarrilar el rebaño y le señalaba por dónde hacer el rodeo, que luego lo alcanzaría. Se acompañaba de algún perrillo, pero nunca los mastines, inseparables del mayoral.

Pasaba la tarde soñando con ser el amo del ganado y arrendar la parcela aquella de hierba sempiterna, al otro lado de la linde y hacer el queso, sabedor del secreto del endurecimiento de la leche, encargar las flores de madera con sus iniciales y el nombre de la finca que habría comprado; tener esa tartana entoldada y con una puerta trasera con estribo, ir al pueblo en ella, con la burra bien esquilada, o mejor aún, con un caballo tordo de trote alegre, traer en ella a sus amigos del vecindario para que se

su tronco. Los moruecos meneaban sin cadencia sus cabezas, espantando tábanos y sonando los cencerros, mientras alguna cabra topaba a la vecina, para incordiar como de costumbre.

Desde allí veía las tamarillas de una postura de dos verdores, entre cuyas hileras habían plantado matas de melón, paliando la falta de cosecha de la futura viña; ya más tumbado, quedó fijo en las ramas del chaparro, abundantes ese año de bellotas, surgiendo la pregunta:

—Mayoral, ¿cree usted que Dios es tan listo como dicen?

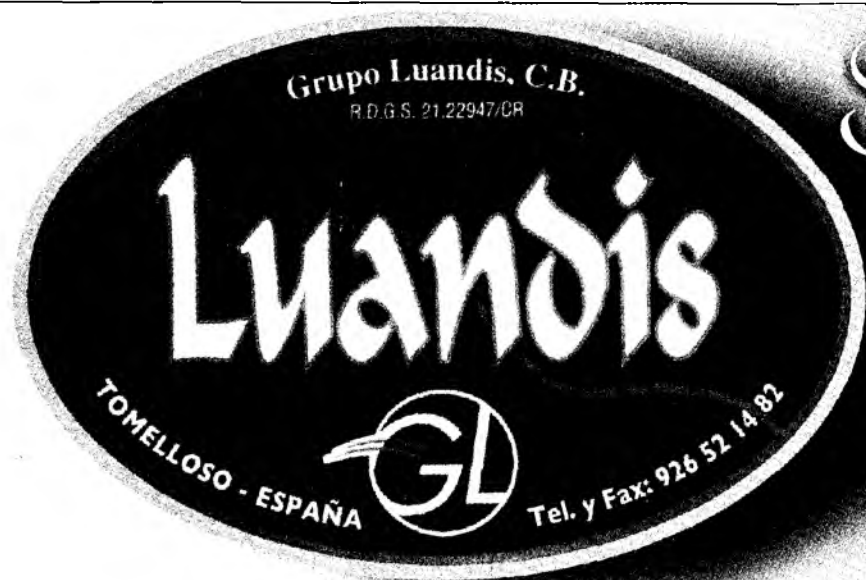
—¿A qué viene la pregunta, zagal?

—¿Es de listos que una planta de año críe un melón de a cuartillo de arroba y este chaparro tan grande solo tenga bellotas como mi pulgar?

Mira por donde se desprende, en ese momento, una temprana bellota de su dedalito y cae perpendicular en la frente del chaval, que soltó un sonoro ¡Ay!

Apostilla del mayoral:

—¿Columbras la respuesta, zoquete?



Sabor y tradición

Grupo Luandis C.B.
C/ Santo Tomás, 7
13700 TOMELLOSO (C.Real)
Tfno y Fax: 926 52 14 82
www.grupoluandis.es